

## Una nueva visión de los recursos del agua

GERMÁN BASTIDA

*Fundación Nueva Cultura del Agua*

**Resumen:** El autor, apoyándose en el tema de la economía del agua, intenta aportar una visión crítica sobre la cuestión hídrica; con máximo hincapié en la caducidad de nuestro modelo fomentista de provisión para el agua de bebida. Para ello -dejando para otro momento el fenómeno del agua embotellada-, esboza un amplio abanico de temas: desde aspectos del desarrollo organizativo y de la responsabilidad social corporativa, hasta argumentos de equidad social hacia los más desfavorecidos del planeta. Destaca asimismo, en cuanto al “agua vida” (una pequeña dotación cotidiana, de excelente calidad, al alcance de todos y cada uno de nuestros congéneres), la distancia abismal existente entre el plano teórico y la realidad de los hechos cotidianos: el desastre del desabastecimiento de agua para beber es calificado como tragedia humanitaria. Aparte del mayor o menor grado de agotamiento del modelo desarrollista (basado en redes e infraestructuras a gran escala), subraya su inadecuación tanto para dar cabida a la participación pública (el mandato más profundo de la Directiva Marco), como para la perentoria actuación en las regiones más desposeídas del globo.

*“Hay dos maneras de gobernar: produciendo leyes y produciendo costumbres. Lo segundo es más profundo y duradero que lo primero”.*

JAVIER GOMÁ (Ejemplaridad pública)

*“Sólo con que consiguiésemos dejar de enfrentar a unos hombres con otros –a menudo con las mejores intenciones– ganaríamos mucho”.*

KARL POPPER (En busca de un mundo mejor)

Hace largo tiempo, tuve el privilegio de que un veterano profesor me mostrara el repertorio de “las cinco Es” de la buena gestión. A su trilogía más conocida (eficiencia, eficacia y economía), mi sabio maestro añadía ya una cuarta inicial -de entorno (refiriéndose al medio ambiente)-; y una quinta, en muchos casos la radical: la equidad. No olvidó indicarme que todas ellas se entrelazan.

Siguiendo el calendario de la Directiva Marco, este año parece obligado tratar de economía del agua. Un tema quizá de menor atractivo; sobre todo comparado con algunas revoluciones -no ya de gestión, sino de muy superior rango: culturales- pendientes: por ejemplo, la que, para el rico occidente, supondrán los inodoros secos.

Un tema (éste de la economía hídrica) no exento, sin embargo, de argumentos contundentes, mucho más allá del mascarón de la recuperación de costes: como su corolario de que las empresas suministradoras están obligadas a facturar cada vez menos. O, entonces, la tensión entre la espontánea tendencia al gigantismo de dichas organizaciones -sobre todo de su cúpula- y la perentoriedad de reducir sus costes fijos. La respuesta facilona a este dilema, consistente en rebajar la calidad del agua proveída -de cuyas luctuosas secuelas ya tuvimos noticia hace unos años-, no cabe contemplarla más que a los efectos de interponerle mecanismos disuasorios: de detección precoz; de erradicación, alerta y mitigación inmediatas; así como, en su caso, de petición de responsabilidades.

A fin de encontrar guías de respuesta, es preciso abandonar el confortable campo de la gestión (susceptible de transmisión sin anestesia o paracaídas; y donde el lapicero puede soltarse de la mano, puntualmente, a las cinco de la tarde). Toca adentrarse en la esfera nuclear de los valores, cuyo nivel de compromiso va más allá del ya encomiable *arrimar el hombro*: para poner sobre la mesa unos huevos con chorizo, sus respectivos proveedores llevaron a cabo apuestas de muy diferente rango. Hago hincapié en esta distinción, no únicamente debido a su pertinencia conceptual y metodológica: además porque, como señaló DANIEL INNERARITY, “nos hemos tragado el cuento de que la política es gestión”. El término encabeza el título de la jornada, por lo que la más elemental cortesía me induce a precisar su importancia. Ahora bien: ¿se han de detener en ese nivel la exigencia y la crítica ciudadanas? Dicho de otro modo: la gestión, unánimemente necesaria, ¿es suficiente? Aunque rodearse de buenos gestores es muy conveniente y signo de inteligencia, quedarse ahí (sin tener el arrojo de ir más allá de la buena gestión -la cual en la empresa pública es una obligación, no algo optativo como en la privada-) resulta en una imagen gris y falta de dimensiones; poco acorde, en el ámbito del agua, con su responsabilidad respecto a un patrimonio público de esta envergadura.

Sucesivamente va ganando más consenso la idea neurálgica de que el “agua vida”, como la definió mi querido PEDRO ARROJO (una pequeña dotación cotidiana, de excelente calidad -alimentaria o incluso farmacéutica-, al alcance de todos y cada uno de nuestros congéneres), salta de ser el máximo valor antrópico de la escala, para alcanzar categoría de derecho humano. O sea: toda vulneración de la integridad del suministro de agua de bebida atentaría contra un principio fundamental de la humanidad. Esto a nivel de discurso.

En cuanto a los hechos, el actual escenario -muy distante del plano teórico- es el de un teatro planetario. Abordarlo con fundamento exige, como anticipó hace casi un siglo el visionario escocés PATRICK GEDDES -otro maestro de los juegos de iniciales-, integrar lo local con lo global. La mirada crítica (obvia, dado el abismo entre palabras y realidades) aporta ventaja, sobre todo si brinda una óptica innovadora: una gama distinta de luces a fin de reflejar los puntos más oscuros del panorama. Conviene recordar que quienes pagan más cara su agua de ingesta, incluso en términos absolutos, no son precisamente las élites; sino los habitantes de las misérrimas barriadas en las megaciudades del tercer mundo -o ya no tan lejos-: no les queda otro remedio que destinar una parte significativa de sus exiguos ingresos -fracción muy superior a la unidad porcentual internacionalmente recomendada- a la compra callejera de agua para beber.

Al menos tienen manera, aunque sacrificada, de evitar el desastre del desabastecimiento: porque no puede calificarse de provisión de agua al líquido infecto que millardos de personas consumen diariamente. Para nuestros prójimos más desposeídos, el agua potable -ese “agua vida”- es un lujo fuera de su alcance, aun en regiones lluviosas de este planeta azul. Hago un inciso subrayando que, de las tres variables (junto con el cobro) del sistema: calidad -es decir, potabilidad-, caudal y presión, aquí prácticamente sólo prevalece la inicial; siendo casi irrelevante su mínima exigencia en las otras dos cuestiones. Y termino de aprovechar este paréntesis, indicando que dejo para mejor ocasión el análisis del fenómeno del agua embotellada.

MAURICE F. STRONG proclamó -hace ya demasiadas décadas-, haciéndose eco de unas palabras de INDIRA GANDHI, que “la pobreza es la peor forma de contaminación”. Y, desde luego, una de las más mortíferas, si no la más letal, es la que atañe al agua de bebida. Su privación encabeza el ranking de injusticias humanas: de modo que el reto, más allá de lo económico, es ético: de equidad. El ideal político de ir por delante de las necesidades de los ciudadanos, es aquí del todo inviable: siendo imperativo actuar. Evito, de forma expresa, entrar en el debate sobre la pertinencia aquí de una racionalidad de emergencia, con sus contradictorias secuelas de peculiar despilfarro. Que, por cotidiana, a dicha tragedia humanitaria sólo se responda con insensibilidad (ahí está el flagrante incumplimiento de los Objetivos del Milenio), da cuenta del rasero moral de nuestra sociedad.

Una meta solidaria no pasa por acelerar, sin más reflexión -y, a menudo, a golpe de subvenciones- la extrapolación planetaria de los servicios e infraestructuras de abasto de agua de que disfrutamos esta privilegiada minoría opulenta occidental. Aunque ahí esté el negocio. “La codicia siempre exagerada y el capitalismo insaciable carecen del sentido del límite”, subraya JOSÉ LUIS SAMPEDRO. Su antídoto es la humildad; textualmente (del DRAE): “virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento”. Aparte de un escrutinio ciudadano que ahuyente la especulación, es preciso reconocer cuanto antes que dicho modelo no es trasladable a los más desfavorecidos; y afanarse por renovar el escaparate.

Sin perder de vista la utopía (que centra el modelo), hay que alejarse hacia el ingrato terreno periférico de las iniciativas; donde sobra la candidez -no digamos, la prepotencia- y lo primordial ha de ser la ponderación: lo inexcusable es ser proactivos. Desde la humildad, el tacto y la escucha atenta; sí: pero emprendedores y comprometidos. El resto de la Humanidad necesita con urgencia un modelo alternativo, juicioso, factible y de inmediato efecto; a fin de, por ejemplo, lograr unas metas de mínimos -tales como las planteadas en los Objetivos de Desarrollo del Milenio-. En términos de PERE CASALDÀLIGA: “ya no nos conformamos con proclamar que otro mundo es posible: es factible y lo hacemos”. Abonan dicha esperanza, para el caso, combinaciones de adelantos tecnológicos asequibles (entre los que sobresalen los cartuchos filtrantes) y ecodesarrollo. Como elementos que han de saber perder protagonismo, destacan los de escala: lejos de visiones románticas (... o budistas: la referencia a E. F. SCHUMACHER es casi obligada), los sistemas descentralizados, flexibles, complementarios y modulables, resultan mucho más apropiados y asimilables que las iniciativas faraónicas.

“El agotamiento de un modelo o del funcionamiento de un sistema no surge de manera súbita. Salvo accidentes imprevistos, es siempre el resultado final esperado de una serie de inercias, carencias o desajustes que venían anunciando, desde hacía tiempo, el final inevitable de su eficacia, si es que en algún momento la tuvo”, acaba de escribir JOSÉ ANTONIO MARTÍN PALLÍN refiriéndose al aparato judicial. Me apropio del argumento para extrapolarlo al de provisión de agua potable. Cuando, de forma excepcional, se vence su opacidad característica, suele argumentarse -y con ello habría de bastar- que, simplemente, los sistemas intensivos en grandes infraestructuras son inviables de financiar para las naciones desfavorecidas: no haciendo más que atar deuda (una nueva injusticia: por poco bien que se hagan las cuentas, los roles se invertirían) con dependencia tecnológica. Proceso que acaba en una espiral de decrepitudes prematuras por falta de mantenimiento, así como en sus sucesivas -y lucrativas- reconstrucciones: algunas hasta en siete ocasiones o más.

Me detengo a recalcar el vuelco que supone pasar de una estructura por proyectos (lo que se inaugura) a un sistema organizado por procesos (lo que nunca deja de hacerse ni de mejorarse). Pese a la demostrada eficiencia de las infraestructuras en entornos estables, consecuencia de su rigidez -y de su especialización-, he utilizado muchas veces la viñeta reproducida al final de este texto (tomada de la propia *Revista de Obras Públicas*), con la meta de desmitificar el modelo “tradicional” mediante una licencia humorística. La idea básica es: mecanismos monumentales y diseñados específicamente para una misión, contienen muy pocas oportunidades (por más que se hagan crujir sus engranajes) de reconversión rápida en aras a afrontar un entorno como el reciente, donde lo único permanente es el cambio. EMILIO CUSTODIO tachó a sus automatismos de “burocracia anquilosante”. Pues lo que de verdad son las grandes infraestructuras, son apuestas a una sola baza: concentran los riesgos: ponen todos los activos en el mismo cesto, y confían ciegamente (tampoco queda después mucho margen para otra cosa) en haber acertado. Este es uno de sus flancos débiles, ahora prevalente. No aportando respuesta sólida a la verdadera cuestión: la vulnerabilidad del actual modelo de provisión hídrica (a las grandes conurbaciones y a los núcleos habitados dispersos). En cuanto a su vertiente cuantitativa, a la que hace referencia el título de la jornada, cabe explicar que la forma y la causa de la superación de la más reciente “crisis sequiática” en Cataluña (las extraordinarias lluvias sobrevenidas en mayo de 2008), no hacen sino subrayar la fragilidad, la extrema aleatoriedad y la impredecibilidad del clima mediterráneo en el que se inserta dicho territorio (y sus habitantes). Y ello pese a sus singulares combinaciones de regímenes pluviométricos, de las que carecen las regiones más meridionales del Levante peninsular. Ignorando, por ahora, la factura que le sumará el cambio climático.

Su inadecuación aumenta si, por añadidura, la nueva misión varía, es incierta, se contradice o incluso se opone a la anterior: en España, pocas décadas median entre las necesidades costistas de “despensa y escuela” (universales, tangibles y con pleno clamor: el ámbito lógico para el modelo de fomento), y las de “dieta y psicólogo” (individuales, no intercambiables, inmateriales, paradójicas) características de la postmodernidad. Corresponde hoy, dar respuesta combinada de la complejidad (en una espiral donde se entrelazan factores de tres dimensiones: la social, la económica y la ambiental), de la susceptibilidad y de la incertidumbre.

Y su colmo se encuentra en la pérdida de legitimidad: una actividad que demanda capital de forma

intensiva, en competencia por los recursos, con frentes como la reforma educativa, las listas de espera sanitarias o el bochornoso retraso en el conocimiento; mientras, pese a los esfuerzos colectivos, la brecha de desigualdad no para de crecer. Si algo deja claro el actual contexto de las infraestructuras (como el de otros tantos problemas divergentes: los de tan especial propensión a que el tiro salga por la culata), es la imposibilidad de acertar mediante una única opción; sobre todo cuanto más nos obcequemos, extrememos, porfiemos y cerremos en ella. Lo que dicta el presente panorama -un entorno que se ha hecho, de modo repentino, cada vez más complejo, más variable, más susceptible y más inestable; aumentando su influencia hasta hacerse interdependiente (en red)- es lo contrario: en este vertiginoso mundo que nos ha tocado vivir, donde lo que sobresale es la aceleración de la tasa de cambio, es crucial salvaguardar cierta capacidad de rectificación; un remanente de resiliencia, de holgura -de vuelta atrás-, suficiente para superar la detención y lograr la adaptación a realidades súbitas e imprevistas, sobrevenidas, que ignoramos. Es irresponsable apostar todo a una sola carta; máxime si su dilatado plazo de consolidación acaba por dejarnos en el vacío tras agotar las disponibilidades.

En favor de la alternativa (los modelos extensivos), prefiero el hincapié sobre su rasgo diferencial: son los mejor adaptados a una gestación y gestión participativas (el mandato más rompedor de la Directiva Marco del Agua). Situando el compromiso en las propias manos de sus destinatarios: algo clave, particularmente en poblaciones dispersas o aisladas. Además de ir aportando resultados casi inmediatos, avances perceptibles, respuestas próximas a la comprensión ciudadana, de control cercano y directo. Su obligada gestación transparente -de muy difícil vuelta atrás- conduce por vía natural hacia una buena gestión (lo cual no excluye fracasos tan precoces como aleccionadores). Porque esto es exactamente lo que pasará: en este tipo de cuestiones, la única manera de avanzar (de aprender) es equivocándonos. Con el fin de gestionar dicha incertidumbre, lo importante será el permanente cuestionamiento; la periódica revisión, puesta al día y posible rectificación de lo realizado. Por lo que habrá que minimizar la irreversibilidad de las actuaciones (o, mejor dicho en positivo: habrá que garantizar al máximo su reversibilidad). Claro, que hace falta ver si esto deja margen para algún gran negocio o no. Y es que, muchas veces, la cosa no da; siendo entonces cuando hay que recurrir a la cita de ALBERT EINSTEIN: “en tiempos de crisis, sólo la imaginación es más importante que el conocimiento”. Iniciativas novedosas; además -a fin de estimular la participación- conviene que resulten motivantes.

Lo que hay que erradicar: el fomento de las expectativas sobre una ayuda ajena que nunca llega; y si lo hace, cuántas veces no tarda en vislumbrarse a su vendedor. Misión: la ganancia inmediata, aprovechándose de la debilidad institucional y de la crónica falta de recursos públicos, así como de la indefensión y del estado de necesidad de los pobladores; camuflando inversiones y precios bajo el paraguas de los fondos externos y de las redes subvencionadas, respectivamente. Incluso llegando a la repugnante usura. Las propias empresas decentes del sector tendrían que ser las primeras interesadas en denunciar a dichos especuladores: a quienes acaparan beneficios mientras otros asumen los costes; secuestrando y hurtando las riendas públicas; alimentando la niebla y la opacidad de sus cuentas. Éste y no otro habría de ser el titular y el lema de su responsabilidad social corporativa. Desde la óptica ambiental, tal relato no debiera de extrañarnos: al fin y al cabo, la historia de nuestro desarrollismo, con idénticos ingredientes, es la de “quien contamina, cobra” -y

entonces, pagamos todos: ricos y (sobre todo) pobres; generaciones actuales y futuras-. Una vez esquilado el mercado occidental, si de lo que se trata es de seguir alimentando la locomotora, la tentación más obvia es acoger a las regiones emergentes.

Retornando al asunto, la propuesta de nueva visión consiste en variar los conceptos prioritarios del balance: estamos acostumbrados a considerar precios (tarifas), disposición a pagar y garantías. Términos que han de dejar de ser el núcleo de la cuestión, para pasar a una simple -o no tan simple- derivada; mientras que valores, capacidad de pago y patrimonio sustituyen a los anteriores como lo esencial. La transición será más o menos brusca: claro que habrá titubeos y contradicciones -que esperamos anecdóticas y previamente justificadas, antes que lo contrario-; así como pasos atrás: sea lo que fuere, la jerarquía ha de quedar clara. Las renunciaciones no pueden recaer sobre lo fundamental.

Se trata de orientar la asignación de todo tipo de recursos al triple fin de: destacar los valores del agua; erradicar la pobreza; y administrar el patrimonio hídrico: conjunto de bienes públicos cuya peculiaridad -y fragilidad- es la de ser un flujo y no un stock (como serían los casos de la fertilidad, la atmósfera o la biodiversidad): siendo además, con mucha diferencia, el flujo más perentorio para la humanidad.

Los recursos renovables -los flujos en ciclo cerrado lo son- conllevan ventajas obvias. El problema surge cuando se pretende extraerlos por encima de su tasa de renovación: entonces es mucho más delicado equilibrar garantías (resultantes de un rendimiento) directamente contra un flujo, que disponiendo -al menos, esporádicamente- del colchón de un fondo (del cual es posible ir tirando con mesura, cuando baja su productividad, a la espera de tiempos mejores). La diferencia es de clase y no de grado. De ahí la obsesión por la regulación; en España, con el añadido enfermizo (RAMÓN LLAMAS diría hidroesquizofrénico) de su sesquisecular fijación en la fracción superficial del flujo -la de más rápida rotación-; en contraproducente dejación de la verdadera opción estratégica: la que más se asemeja a un depósito y la que prima -dentro de sus limitaciones- por sus aptitudes como auténtica protección (brindando robustez, determinismo, modularidad, subsidiariedad y simplicidad a las respuestas). Por no entrar a analizar diferencias en cuanto a los restantes ciclos del sistema hídrico -máxime los abiertos-: sedimentos, nutrientes, vida y emociones.

Tanto abandonar la obsesión con los precios, como dejar de ver al destinatario como consumidor (en vez de como ciudadano) y situar en su justo término las garantías (el riesgo cero no existe) aportan muchas ventajas adicionales. En principio, permiten superar la visión negativa hacia lo ambiental; tan predominante y tan proclive a la polarización, a los agravios comparativos, al apasionamiento: algo particularmente sensible en el ámbito del agua. Tales dicotomías -conmigo o contra mí: la fácil trampa de la demagogia- son extremos contrarios al clima de mutua confianza, así como de serena y sosegada reflexión, necesario a fin de que todos aprendamos de una vez -y ganemos con ello- la lección que nos brinda la Naturaleza. Como segundo elemento, abren el paso a la pedagogía social, desde la íntima convicción respecto a las fuerzas de la inteligencia colectiva; de la capacidad de compromiso y de la responsabilidad de una ciudadanía madura y concienciada. Y no una pedagogía de lo banal, en píldoras y dosis asimilables sin ningún esfuerzo: más bien, una pedagogía de lo importante: supone, a partir de su base, aprender a no esperar (o pedir) lo que luego

no se estará dispuesto a afrontar (o pagar). Y tampoco es descartable la lección de humildad -y la oportunidad de mostrar señorío- para quienes han de saber ceder protagonismo: asumiendo que su etapa -por más meritoria y loable que fuere- ha tocado techo. Me viene a la memoria el grotesco espectáculo de las divas -y divos- obsesionados por no envejecer. Un final así para los sistemas más influyentes sobre la reducción de la mortalidad infantil en nuestra sociedad, sería lastimoso. Aunque sus externalidades negativas lleven décadas asomando, estoy convencido de que muchos vivimos hoy, debido a la privilegiada condición de abastecidos de nuestras más recientes generaciones de antecesores. Entonces, sin restar méritos antiguos, cercana su decrepitud, hay que desmitificar su validez universal y perpetua; junto con su obsesión por construir y su perversión a ultranza como fin en sí mismo (el anacrónico espejismo de las obras faraónicas “porque sí”: -“se nos ocurría hacer una presa y la hacíamos”, reconoció JUAN JOSÉ LÓPEZ MARTOS-; todavía tan patente en mensajes propensos al déficit democrático).

Mi anhelo y mi voto van, pues, para un modelo de provisión del agua domiciliaria (en particular, del agua para beber) sencillo, necesario y aplicable. Sencillo porque prima la proximidad, el aporte y el escrutinio por parte de sus propios destinatarios. Necesario, porque recoge todas las etapas del ciclo (o de la espiral) del sistema; aunque sin predeterminedar que sea obligatorio acudir a respuestas activas o intensivas: parte de la premisa, tan bien expresada por nuestro añorado ANTONIO ESTEVAN, de que los biomas acuáticos en excelente estado son nuestra mejor garantía de suministro hídrico. Puede, por tanto, que a su funcionamiento (espontáneo: o sea, por energía de origen solar) se confíe una parte de la labor. Y aplicable, porque dicho modelo resulta válido para muchas sociedades ricas, en las que reconozco que (junto a tareas pendientes: mejoras de redes, modernizaciones, proyectos de depuración y reutilización con gestión garantizada, aplicación de nuevas tecnologías, reaprovechamiento inteligente de infraestructuras obsoletas) aún cabría una última vuelta de tuerca para el sistema fomentista; acaso -si se hacen bien las cuentas- con más costes que beneficios.

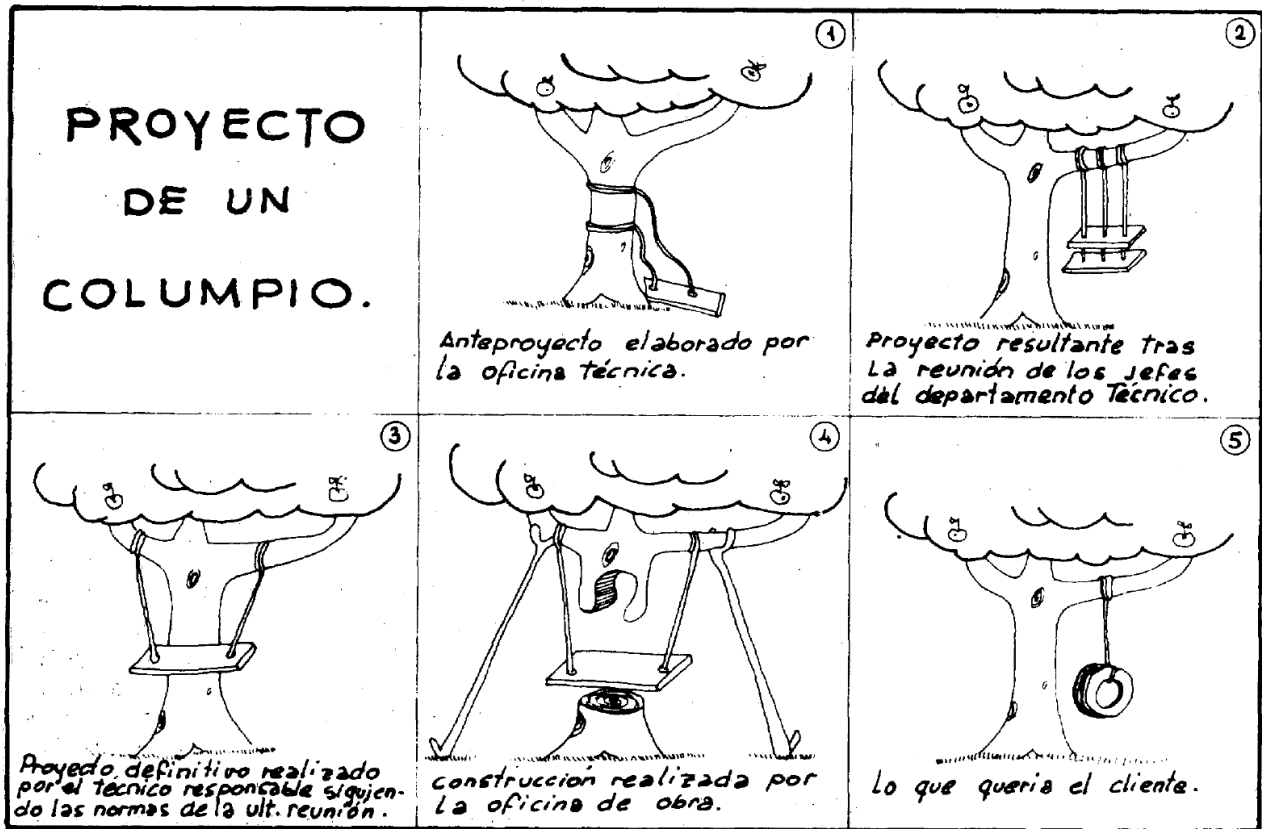
El asunto no es si nos lo podemos permitir: en el panorama occidental abundan despilfarros mucho mayores (siempre se pone, como ejemplo de esto, la carrera armamentística; la actual crisis ha mostrado asimismo ingentes fondos destinados a enmendar los disparates y estafas del pelotazo); casi ninguno de ellos fruto de procesos soberanos y democráticos; todavía mucho menos, sometidos al escrutinio ciudadano. Porque esto ya no pasará de lo anecdótico: lo nunca extrapolable. Lo que hace falta reconocer, es su carácter de camino agotado, sin salida -ANDRÉS RÁBAGO, “*El Roto*”, lo calificó, como siempre certero, de “sinsentido obligatorio”-; y categóricamente inútil: no sirve como muestra para el resto del planeta y, además, puede inducir a engaño: el escaparate que les mostramos (llega a sus misérimas chabolas a través de las antenas parabólicas), aunque resulte persuasivo y de tan fácil venta, no les vale.

Porque precisamente, por contra, lo importante del modelo propuesto es su factibilidad para quienes más lo necesitan; así como su capacidad de adaptación (en cualquier fase de su proceso) a los diversos y cambiantes escenarios particulares. No da respuestas cerradas: al revés, encamina de modo abierto, dialéctico (así como atentísimo a los errores) los procesos; permitiendo -a fin de acelerarlos- que se construyan a la vez desde arriba y desde abajo. Dado que media una catástrofe humanitaria que se cobra vidas -mayoritariamente infantiles- cada segundo que pasa, también hay

máxima urgencia. Muchas veces, lo que de verdad hace falta no son ingentes medios económicos, sino capacidad de compromiso y organización: ideas locomotora. Si en algún entorno se cumple la famosa regla del “ochenta-veinte” (según la cual, el ochenta por ciento de los logros o beneficios se obtienen con el veinte por ciento de los recursos), es en este tipo de iniciativas. De ahí la pertinencia de estructuras que encajen con un funcionamiento participativo, incluso comunitario: formado por iniciativas, acciones, autolimitaciones e incentivos -consensuados- que se complementen y refuercen entre sí, creando sinergias perdurables; compartiendo el protagonismo. Es en el fortalecimiento de dichas estructuras sociales, en lo que hay que invertir: no en dotaciones ajenas (que no se saben manejar o preservar) o en tecnologías que fomenten la dependencia. Las imagino con formas organizativas innovadoras, sabiendo conjugar la defensa del interés público y la seguridad legal por un lado; mientras que, por otro, siendo capaces de abanderar los progresos sociales, de influir decisivamente en la pedagogía de lo importante y de liderar la tensión del cambio de modelo mental. Gobernar ya no es sinonimo de gastar, sino de liderar este proceso de transición. Claro que esto incluye, para los dirigentes políticos, un drástico recorte en su discrecionalidad: una renuncia sin posible marcha atrás.

La tecnología y las redes, ejes del modelo desarrollista cuyo indudable mérito es haber conseguido (para una privilegiada minoría de nuestros congéneres -dentro de la cual nos encontramos-) tasas de bienestar, esperanza y calidad de vida impensables sólo una o dos generaciones atrás, han de demostrar su madurez cediendo su preponderancia y pasando a tomar un papel secundario, moderado por los dictados de una red social activa: de la naturaleza concentrada al servicio de la Tecnología, a la tecnología distribuida al servicio de la Naturaleza. Con idéntico núcleo o esencia, es posible extrapolar el análisis a otros empleos o a otros ciclos del agua; cuyos requisitos -y cuyos potenciales- darían lugar a abanicos de balances a equilibrar, en decreciente prelación. Tendrá mayor o menor importancia, por ejemplo, contar votos cercanos (propios), o computar víctimas lejanas -fácilmente ubicables en tejado ajeno- (una forma inmediata de mostrar cada elección de prioridad, sería su traducción en partidas presupuestarias). En ambos casos, sendas economías del anonimato, sin nombres ni apellidos; por contraposición a los listados más recientes de beneficiarios de las iniciativas faraónicas -una vez superadas sus tan encomiables y unánimes etapas iniciales (las cuales siguen justificando y tratando de ocultar todo lo demás)-.

*Roda de Barà, febrero de 2010*



Viñeta aparecida en la Revista de Obras Públicas de octubre de 1989 (pág. 730), después del artículo de PEDRO MANUEL GALÁN BUENO "La construcción y los distintos tipos de proyecto en la historia. Las indefiniciones".